

ÁLBER VÁZQUEZ

# *Cervantes en Argel*

Cinco años en las mazmorras del Gran Turco

la esfera  de los libros

Primera edición: septiembre de 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Alberto Vázquez Pérez, 2025

© La Esfera de los Libros, S.L., 2025

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 443 50 00

[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

ISBN: 978-84-1094-125-0

Depósito legal: M. 14.376-2025

Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S.L.

Impresión y encuadernación: Unigraf

Impreso en España-*Printed in Spain*

## *La captura*

Una galera es muchas cosas, pero, sobre todo, es la democracia perfecta de las chinches, las pulgas y los piojos. Un hombre que sube a una galera —quede así dicho pues mujeres, en la galera, no suele haberlas porque no ha nacido la guapa que semejante infierno sea capaz de soportar—; un hombre que se sube a una galera, entonces, es un hombre al que los bichos lo colonizan *ipso facto*. Entiéndase el latinismo en su literalidad: era poner un pie sobre la cubierta de la embarcación y saltarte las chinches o los piojos encima. Para ellas, ya podías ser tú señor o gañán, que les daba exactamente igual.

De esta forma, de la galera se salía modélicamente igualado y con la sangre idénticamente chupada. Desde el capitán hasta el más indigno de los galeotes. Cierto es, por aclararlo todo, que a este último tendía a darle lo mismo. Si vives tus años encadenado a un remo, comiendo en el banco, durmiendo bajo él, haciendo tus necesidades allí mismo —al igual que hacen los forzados de tu izquierda y de tu derecha—, sin acceso a cualquier elemental noción de higiene o comodidad, que una chinche se alimente de ti por las noches no deja de ser un problema bastante secundario.

Afortunadamente para los eventuales pasajeros —los de cierto postín, los que no se hallaran avisados de antemano, si es que algo así existe—, sus penurias a bordo de una galera eran tantas y tan lamentables que un acceso de piojos no complicaba en exceso la existencia. Y es que a bordo de una galera es mejor no subir. No, si el sujeto en cuestión dispone de otro modo de viajar. Porque se dirá que

el ahorro de tiempo compensa las incomodidades, pero no: al final, nada compensa la infame experiencia de viajar en galera.

Miguel y Rodrigo de Cervantes podrían, muy bien, atestiguarlo. De acuerdo que, al embarcarse en la *Sol* un 7 de septiembre de 1575, más bien parecería que no predicaban con el ejemplo. Sin embargo, los dos hermanos eran hombres de armas que regresaban a España tras una larga temporada en los diferentes frentes de batalla contra el Gran Turco. Venían, por lo tanto, escarmentados y hechos a infiernos que al de la propia galera dejarían corto. Miguel, de veintiocho años, y Rodrigo, tres más joven, eran dos rudos mozos hartos de dar y recibir, de llorar y de sufrir en esos mares, campos y caminos de Dios. Chinchas a ellos.

Porque Miguel y Rodrigo, antes de embarcarse —en Nápoles, por cierto—, habían luchado en las contiendas de Lepanto y de Navarino, de La Goleta y de Túnez. Eran veteranos de las guerras turcas y como tal se sentían y, más importante aún, se los reconocía. Ambos, no obstante, habían dicho basta y pretendían regresar a la vida ordinaria. O, quizás por ser más precisos, darle inicio, ya que lo vivido antes de su paso a Italia no había sido gran cosa y en modo alguno lo suficiente para ser tenido en cuenta. El propio Miguel portaba, a tal efecto, un par de cartas bien firmadas que atestiguaban su buen desempeño en los ejércitos del rey. Esas cartas constituirían, más adelante, su dicha y su desdicha.

No sería para menos, porque una de ellas estaba sancionada por el mismísimo Juan de Austria —hijo ilegítimo de Carlos I, pero hijo a fin de cuentas y miembro de la familia real española— mientras que la otra la rubricaba el duque de Sessa, de nombre Gonzalo Fernández de Córdoba y Fernández de Córdoba. Los moros se volverían locos ante tanta pomposidad y llegarían a considerar que esta era la carta buena, y no la otra. Quizás tuvo algo que ver el hecho de que Juan de Austria había sido el comandante supremo de las tropas cristianas que habían derrotado al Gran Turco en Lepanto. Quizás, igualmente —y los moros eran muy dados a eso—, se pretendiera correr un tupido velo sobre la cuestión.

De hecho, en un gesto puramente instintivo, Miguel se echó la mano al pecho cuando, aquel 26 de septiembre, a eso de media mañana —no serían ni las diez—, tres galeras corsarias berberiscas les

salieron al paso en el golfo de Rosas, ni veinte minutos después de haber doblado el cabo de Creus. Y malditos fueran todos los moros habidos y por haber, que a la *Sol* le faltaba un salto para alcanzar Barcelona, su destino, y dar por concluida la navegación que la traía desde Italia. Pero el taimado moro se te agazapa donde puede —y, a menudo, donde quiere— y te salta como una chinche más, que es lo que, básicamente, el moro es.

Total, que sí, que Miguel se echó la mano al pecho para comprobar que, en efecto, sus dos cartas continuaban ahí, en el bolsillo interior expresamente cosido a su camisa para transportar de la manera más segura posible aquellos documentos en los que se condensaban seis años de impecables méritos al servicio del rey. Rodrigo no lo había hecho mal. Pero es que Miguel lo había hecho de perlas y eso ponía en las cartas dichas. «Atiéndase al portador, porque de verdad que lo merece», vendría a ser su resumen.

Miguel, aún en Nápoles, le había echado un ojo a un carguito en América —que él juzgaba cómodo— o, en su defecto, a alguna distinción bien remunerada en Madrid. Habría de trabajar en firme, eso nadie lo dudaba, pero a salvo de esfuerzos físicos y contando más con la inteligencia que con cualquier otra cualidad. Nada extraño en el caso de Miguel, que venía medio tocado desde Lepanto, donde recibiera un arcabuzazo en la mano izquierda que se la dejó inútil para los restos.

Las «tres galeras corsarias berberiscas» darían, ellas solas, para un tratado que, desde luego, aquí no tiene cabida pero que conviene esbozar. Eran, para empezar, galeras a su manera. Quiere esto decir que, si bien las galeras cristianas —las turcas también, seamos justos— poseían un porte naval hecho y derecho, las berberiscas se construían a partir de remedos y apaños. El «astillero» berberisco era la misma mar, a la que el «armador» salía para asaltar y robar. Una galera que hubiese zarpado de cualquier puerto —cristiano— del Mediterráneo occidental era susceptible de convertirse en galera berberisca por el simple procedimiento de quedarse con ella por la fuerza. Luego, con el paso de los años, a la nave se le irían incorporando las reparaciones necesarias para que no se fuera a pique, más funcionales que bellas, más improvisadas que deliberadamente profundas. A los berberiscos, con todo, esta forma de ser y de conducirse les fun-

cionaba, siempre y cuando se tenga en cuenta que, en el peor de los casos, si la galera en la que navegaban hacía aguas por todas partes, podían robar una nueva.

«Corsarias» lo eran, aunque desde cierta benevolencia en el acercamiento. En realidad, los hijos de puta que recorrían el Mediterráneo en busca de presas indefensas eran simples piratas. No se cometería ninguna injusticia si así se los designa. Sin embargo, la elevación a «corso» puede justificarse por el respaldo que traían a sus espaldas, que era, en último término, el del sultán otomano. Visto así —y asumida la dependencia de instancias que nosotros identificaríamos con una nación o patria—, a los piratas mediterráneos se los viene ascendiendo, desde tiempos inmemoriales, a la categoría de corsarios. No lo merecen, pero tampoco sentenciaremos, aquí, contra corriente.

Y, por fin, su adscripción «berberisca». Eran berberiscas porque provenían, todas ellas, de puertos ubicados en la Berbería, esto es, en la gran franja costera africana que se extiende desde el estrecho de Gibraltar hasta Egipto. Tradicionalmente, esta era —y es— tierra de moros, de ahí que, igualmente, esas galeras pudiesen ser «moras» a secas. O mahometanas, si vamos al meollo del credo que aquellas gentes eran dadas a cultivar. Incluso podríamos denominarlas, como se hizo y haremos, «turcas», no en vano el imperio del sultán Amurates III se extendía por todo el norte de África hasta casi las mismísimas costas españolas. De hecho, esta historia va de eso y no de otra cosa: de cómo, en la mitad del siglo XVI, dos concepciones antagónicas del mundo —la fiel y la infiel, independientemente de a cuál de los adversarios se preguntase— se enfrentaban sin cuartel y con la intención de exterminarse más pronto que tarde.

Las tres galeras corsarias berberiscas —las tres naves cristianas robadas por indeseables provenientes del norte de África— aguardaban agazapadas tras el cabo Norfeu. Los corsarios sabían que las galeras españolas dejaban atrás Creus, descendían muy pegadas a la costa —si la mar se ponía difícil, no era raro que buscaran refugio en Cadaqués— y superaban el cabo casi rozándolo con las palas de los remos. Ocultarse tras el último de los recodos otorgaba a las embarcaciones asaltantes una ventaja que conocían y que, en consecuencia, se disponían a aprovechar.

La *Sol* se había quedado inesperadamente sola. Quiere esto decir que zarpó de Nápoles en el seno de una expedición española formada por cuatro galeras y comandada por Sancho Martínez de Leyva —ni más ni menos—, a la que le fue mal cuando, días atrás, una tormenta dispersó. Que también es mala suerte, pero el Mediterráneo, en contra de lo que habitualmente se afirma, es un mar que tiende a complicarse más de la cuenta. Y la galera pertenece al tipo de embarcación que no tolera grandes alegrías cuando de ser gobernada en pleno temporal se trata. En fin, que a la mínima, lo normal era perderse de vista y perder, de este modo, la capacidad que unas y otras tenían de protegerse mutuamente.

Leyva era un militar en la flor de la vida —tenía treinta y dos años— al que ya habían ascendido a capitán general de las galeras de Nápoles. Era él, en 1575, el encargado de transportar soldados —y quien dice soldados dice pasajeros ocasionales de cualquier rango o circunstancia— desde los reinos italianos hasta los reinos españoles y viceversa. Por ello, Miguel y Rodrigo de Cervantes viajaban a bordo de la *Sol*: porque Leyva lo había autorizado, pues conocía a los hermanos de la guerra tunecina de un año atrás, donde los españoles salieron trasquilados.

Bien, ese conocimiento previo —esa confianza, ese saber que se está ante dos hombres buenos, rectos y decentes— hizo que Leyva dejara subir a bordo a los Cervantes. Si no, para rato. Porque las galeras eran naves militares que se utilizaban para atacar y, cuando así no era, para transportar fuerzas de un puerto a otro. Y tanto Miguel como Rodrigo de Cervantes eran, a ojos de los militares, dos civiles. Podrían, por ello, haberlos dejado en tierra. «Regresad a casa como podáis, que nosotros ya no os debemos nada». Pero ¿cómo le dices eso a un tío que, en Lepanto, se ha batido fieramente en un esquiife y ha encajado tres arcabuzazos, ni más ni menos? Leyva pertenecía a una clase social muy superior a la de los dos hermanos —su padre era el virrey de Navarra—, pero le habían enseñado a mostrarse espléndido con los hombres vestidos por los pies. Así, cuando Miguel solicitó permiso para embarcarse, en compañía de su hermano, en «la primera galera que salga rumbo a Barcelona o Valencia», Leyva asintió y los emplazó para esa misma semana: «Iremos muy apretados, pero vosotros ya sabéis cómo va esto», afirmó. Los Cervantes asintieron. Sí, sabían cómo iba eso.

Diecinueve jornadas a bordo de una galera militar era una experiencia, por decirlo sin alharacas, peculiar. Los pasajeros carecían de lugar asignado en el buque, y no porque alguien se hubiese olvidado de adjudicárselo: es que, sencillamente, no existía sitio alguno para acomodarlos. Una galera es una embarcación de escaso calado y, a diferencia de las naos, las carabelas o los galeones, carece, casi, de bodega. En realidad, se trataba de canoas grandes. Los remeros ocupaban casi todo el espacio disponible y solo en la zona de popa existía algo parecido a un castillo, donde se ubicaban las estancias —por denominarlas generosamente— del capitán y de la oficialidad más selecta. El resto se las apañaba como podía. En una galera —en cualquier galera—, dormir sobre las tablas agujereadas que hacían las veces de letrinas se consideraba un lujo. No es broma, ya que la alternativa, en muchos casos, pasaba por dormir de pie.

Sin embargo, los hermanos Cervantes, por esas cosas que tiene la vida, habían logrado acomodo en la arrumbada, que no era sino una plataforma en la que hacía vida —y se aprestaba para el combate cuando tocase— la infantería destinada en la galera. En realidad, el espacio era minúsculo, aunque disponía de un pequeño toldo que protegía del calor, de la lluvia, de la intemperie en suma. En la arrumbada de la *Sol* se apiñaban dos docenas de soldados y junto a ellos los Cervantes pasaron las lentas jornadas de travesía, aburridos todos hasta decir basta.

Que las tres galeras que los aguardaban emboscadas tras el cabo Norfeu pertenecían a la armada del Gran Turco no ofrecía discusión alguna. Allí, en aquella ubicación precisa en pleno golfo de Rosas, las galeras podían ser cristianas o musulmanas. No existían más opciones. Si fuesen cristianas —amén de lucir un porte evidentemente marinero—, estarían costeano en dirección norte o sur y de ninguna manera se hallarían enfilando a los de la *Sol*. Aún sin excesivo ímpetu —como el perro envenenado que ladra y babea antes de saltar al cuello—, pero preparándose. Los cómitres de las embarcaciones corsarias ya hacían sonar sus silbatos, ya se desgañitaban impartiendo las primeras órdenes en árabe, ya exigían de sus remeros —muchos, cristianos secuestrados en asaltos marítimos idénticos al que se aproximaba— el máximo esfuerzo.

—¡Al arma! —gritó el capitán de la *Sol*, de nombre Gaspar Pedro, desde su puesto en la popa de la galera.

A esa indicación, la tripulación que se hallaba a bordo quedaba dividida en dos mitades. Por un lado, la de los galeotes obligados a seguir remando, que venían a ser casi todos. Por explicarlo bien: en cualquier galera cristiana, bogaban tres tipos de galeotes. Los primeros eran los esclavos. Gentes de origen incierto —infiel, es decir, ajeno a la cristiandad; berberisco, las más de las veces— y perra suerte. Los habían capturado en alguna contienda y ahí los tenían, ganándose el chusco de pan en una vida de miseria y desazón. Los segundos, yendo rápido, eran los que penaban alguna condena. «A galeras, a remar» constituía una sentencia muy extendida a lo largo y ancho de los tribunales españoles. Se reservaba para delitos graves, de manera que los que allá bogaban con los tobillos encadenados al suelo no formaban parte de lo mejor de la sociedad. Por fin, existía un tercer grupo denominado buenas boyas. Los buenas boyas —de «*buona voglia*», que en italiano quiere decir «buena voluntad»— eran hombres que remaban sin mediar coacción y a cambio de un salario. ¿Que quién en su sano juicio aceptaba «de buena voluntad» un empleo como este? Pues quien poco puede encontrar en tierra firme. Hombres que ocupan el último escalón en la sociedad, que saben que nada pueden aguardar de ella, que, pese a todo, no son capaces de reunir el coraje necesario para robar, violar o matar. Tipos que, en la galera, encuentran una versión del mundo razonablemente aceptable. Nadie diría que una familia, pero sí algo que se le asemeja bastante. En la galera, entre tanto esclavo y tanto forzado, de pronto, ellos no eran los últimos de la fila.

Los buenas boyas, aunque galeotes, pertenecían a la mitad de hombres libres en los que la tripulación de la galera quedaba dividida cuando el capitán daba la orden de alarma. «¡Al arma!» quería decir exactamente eso: que los hombres que estaban en disposición de hacerlo, debían tomar su arma y aprestarse para defender la galera. A una mala, a los forzados también se les entregaba un arcabuz, aunque nunca —por razones obvias— de salida. Cuando el asunto se tuerce de verdad, cuando la cuestión se resolvía en un cristianos contra musulmanes, los forzados evaluaban su situación y llegaban a la siguiente conclusión: «Estoy mal, mal de veras, pero si los moros me atrapan, estaré peor, mucho peor». De la galera española, el forzado podía salir. No es que albergaran demasiadas esperanzas de lograrlo,

pero, en teoría, algo así era posible. La pena de cadena perpetua no existía, de modo que, si sobrevivías lo suficiente, terminabas por saldar tu deuda con la sociedad. Y te soltaban. Lo cual jamás sucedería si caías en manos de los moros infectos. De ahí que, a una mala, hasta los forzados rogaban que se les permitiese ir «¡al arma!» para así defender la galera y defenderse a sí mismos.

Las armas se almacenaban en la corulla, que era un pañol situado bajo la arrumada. En caso de guerra ordinaria —cuando no se trataba de una escaramuza sorpresiva, como la presente—, desde la corulla se procedía a disparar los cañones de la embarcación. Ahora, ni de lejos daba tiempo a cargarlos, así que los hombres del bando de los libres se limitarían a asir los arcabuces que se les repartieran y tratar de evitar, con ellos en las manos, que los moros los abordaran.

Si acaso, esta era la única ventaja de la que disponían: los corsarios pretendían quedarse con la *Sol* al completo —la embarcación y su contenido, incluidos los hombres: los de valor, para solicitar un rescate por ellos; los inútiles, para esclavizarlos hasta que se muriesen—, lo cual los obligaba a ser cuidadosos durante el ataque. Si dañaban la presa, menudo negocio... Los españoles, por su parte, no necesitaban conducirse con miramiento alguno. Dispararían sin demora y tantas veces como fuese posible, y hasta el buen Dios les agradecería, en último término, que, en su guerra contra los infieles que en el universo son, ellos, modestamente, hubiesen arrimado el hombro y enviado a unos cuantos moros al fondo del mar.

Miguel de Cervantes recogió el arma que le tendió el alférez de la compañía de infantería embarcada y se dispuso a cargarla y a apostarse para buscar un buen ángulo de disparo. Despejemos dudas al respecto de una cuestión que, quién sabe por qué, se ha tergiversado más de la cuenta. Cervantes no era manco. Jamás perdió ninguna de sus manos. Lo que sucedió fue que el arcabuzazo recibido durante el combate de Lepanto —en la galera *Marquesa*, donde murieron cuarenta de sus doscientos tripulantes— dañó varios nervios y tendones de su mano izquierda, lo cual cortó de raíz toda capacidad de movimiento en los dedos. Cervantes no podía asir, con esa mano, un vaso y llevárselo a la boca. Pero la mano continuaba allí y, cuanto menos como si de un tocón reseco se tratase, estaba en disposición de utilizarla, de auxiliarse de ella, de emplearla para lo que buenamente pudiese.

Así las cosas, por supuesto que Cervantes recogió el arma que le alargaba el alférez. Se llamaba, este, Diego Castellano, había nacido en Toledo y tenía treinta y seis años. Como muchos, era veterano de Lepanto, lo cual significaba que conocía muy bien tanto a Miguel como a Rodrigo.

—Sin precipitarnos —le dijo al primero. Miguel asintió, aunque la instrucción venía de sobra, pues él, él mejor que nadie, comprendía que lo peor que le puede pasar a un arcabucero apostado frente al enemigo es que lo pierda la anticipación. Cuando solo puedes disparar una vez, dos en el mejor de los casos, el tino apurando el disparo vale lo mismo que la puntería a la hora de efectuarlo.

Miguel era un hombre de acción. Quizás a algunos no les acabe de agradar una descripción en estos términos, pero lo era, vaya que si lo era. Si te has pasado los últimos seis años sirviendo, voluntariamente, en los destacamentos del rey, ¿cómo diablos podría denominarse? Porque tampoco era este un oficio del que se saliese rico. Los despachos que Miguel portaba en el bolsillo interior de su camisa lo atestiguan: si para algo servían dichas cartas, era para buscar empleo una vez su portador se hallase en Madrid. Lo que Miguel de Cervantes buscaba era empleo. Así que no, no había pasado seis años alistado, dándolo todo en batallas de resultado incierto —en la *Marquesa*, ni treinta de doscientos salieron indemnes—, para que ahora cualquier indocumentado le hurtara viveza a sus instintos y pretensiones. Manco o no manco, dispararía el arcabuz y, con la ayuda de Dios, le metería una bala entre ceja y ceja a un moro malencarado.

Como las tres galeras corsarias berberiscas —que ya apretaban el ritmo, ya tomaban velocidad— enfilaban a la *Sol* por el lado de estribor, los soldados a bordo de la misma se dispusieron en dicho lado, acodándose bien en la arrumbada, bien entre los remeros que se disponían de proa a popa. Miguel fue uno de ellos, uno de los que decidieron —en la medida en la que el alférez Castellano delegó ordenándoles: «Idos, idos hacia atrás y cubridme bien la retaguardia, hacedme el favor»— situarse entre los galeotes con el arma en la mano y cuatro o cinco cartuchos en el bolsillo.

Los galeotes eran, en este caso, forzados. De extraña variedad, por pintoresco que parezca. Valga el ejemplo de los dos hombres entre los que se arrodilló Miguel —hincándose en un charquito de ori-

nes y heces ligeras, pues a nadie lo dispensaban de sus cadenas para que pudiese ir a obrar—, que se parecían entre sí como un huevo a una castaña: uno de ellos, de aspecto rufianesco, no tendría ni veinte años y penaba por un delito inconfesable —tampoco es que, a bordo, se entrara demasiado en detalles— mientras que el segundo superaba con holgura la sesentena y tenía pinta de buena persona. Ambos se apartaron un poco para dejar sitio a Miguel, que no se anduvo por las ramas y les soltó:

—Hijos de puta, hedéis, la madre que os parió...

La galera en sí hedía, las cosas como son. La dotación de la *Sol* estaba compuesta por doscientas treinta y tres personas y todas, desde la primera hasta la última, llevaban al menos diecinueve días sin asearse. El capitán Gaspar Pedro, por mencionar a alguien de indudable ascendencia, apestaba a sudor y mugre. Con él, el resto de la oficialidad y los pasajeros que, como Miguel y Rodrigo, carecían de más obligación a bordo que la de no molestar. De hecho, Miguel, en una de las recaladas para hacer aguada —las galeras tocaban puerto, playa o costa casi de continuo, pues la ausencia de bodega las obligaba a reabastecerse una y otra vez, siempre—, había puesto pie en tierra y se había lavado la camisa. No portaba más ropa que la que llevaba puesta, ya que a los tripulantes de una galera solo se les permitía subir a bordo el equipaje que entrara en una caja de dos por dos por dos palmos. Miguel había aprovechado para guardar en la suya algunos escritos que traía de Italia —ya apuntaba maneras—, un par de libros que él consideraba valiosos, un cuchillo damasquinado, un vaso de cristal veneciano —confiaba en que llegara intacto a casa—, quince ducados —no había ahorrado demasiado— y algunas chucherías más. Camisas nuevas podría adquirir cuando llegase a España, más baratas y más bonitas que las napolitanas. Fuera como fuese, lo cierto era que tenía una y nada más que una y, pese a las ocasionales enjabonadas, la camisa se encontraba hecha unos zorros. Atufaba Miguel como atufaba el capitán y atufaba la parte de la tripulación que no remaba. Lo cual no evitaba que hasta en la peste existan clases y uno pueda revolverse a otro a causa de su hedor supino. Bien es cierto que los galeotes poco podían hacer por evitarlo —salvo las buenas boyas, todos encadenados al banco—; sin embargo, se los castigaba —Miguel lo hacía con su destemplado «Hijos

de puta, hedéis»— no por lo que sucedía sino a causa de lo que habría podido suceder de haber sido esta situación otra muy distinta: o sea, que nadie apostaba un real a que cualquiera de aquellos galeotes se hubiese lavado de haber podido. Eran cerdos consustanciales, que es lo que a Miguel traía por el camino de la amargura: el abandono de la más elemental noción de refinamiento.

Y tampoco es que Miguel —o Rodrigo, para el caso— estuviesen habituados a soplar cuchara dos veces al día. Provenían de una familia que no era mala ni buena, de esas en las que no se pasa hambre pero tampoco da para engordar a un cerdo con las sobras. Los años de servicio en los ejércitos del rey los habían convertido en hombres pragmáticos: se lavaban siempre que podían, por mucho que poder, pudieran más bien poco.

Arrodillado entre los remeros, Miguel se dirigió al que tenía a su izquierda, que era el muchacho de aspecto rufianesco. Quizás convenga concretar: un rufián de planta nace y se hace, y esto va a misa. En el caso que nos ocupa, el muchacho tenía los ojos temerariamente azules y el cabello, rubio —azanahoriado—, crespo y rebelde. Con eso, uno viene. Pero luego, el tiempo le había afilado los rasgos: unos pómulos prominentes, una mirada deliberada, un estar que no es de recibo. A esto, se aprende; esto, se desarrolla. Y es que la vida del chaval no había transcurrido en orden y con calma. El instinto de supervivencia se queda a vivir en lo más profundo de los ojos y basta observar con atención para advertirlo. Cuando eso sucede, ay, amigo.

A este muchacho de aspecto rufianesco —que remaba en el lugar más próximo a la borda—, Miguel se dirigió mientras inspeccionaba la cazoleta del arma para asegurarse de que estaba limpia.

—¿Cómo te llamas?

—Estebanillo, señor.

—Soy un soldado, así que nada de «señor».

—Como diga.

—Vas a echarme una mano, ¿verdad, Estebanillo?

—En lo que pueda. Aunque remando...

—Deja el remo, que de eso ya se encargarán los demás.

En la *Sol*, se bogaba a razón de tres hombres por banco y remo. Es decir, en lugar de asir cada remero un remo individual —antaño se hacía así, pero la costumbre había caído en desuso por ineficiente—,

tres de ellos trabajaban en el mismo. Que pesaba como un muerto, habría que añadir, y que se movía a razón de tres o, máximo, cuatro paladas por minuto. La disposición de los remeros en el banco —como, en general, cualquier asunto relacionado con la boga— la decidía el cómitre. Él sabía —lo sabe cualquiera con nociones elementales de mecánica— que en cualquier remo accionado por más de un hombre, es el más alejado de la pala el que más trabajo ha de hacer. Este remero, que en las galeras recibía el nombre de «bogavante» —porque bogaba el primero de todos—, solía ser duro de pelar. Ningún cómitre en su sano juicio colocaría en dicha posición a un individuo incapaz de seguir el ritmo por él marcado, dando así al traste con la bogada.

Por la misma regla de tres, el hombre que remaba en la posición opuesta —junto a la borda— solía ser el menos apto: porque era un enclenque, se hallaba enfermo, había envejecido antes de tiempo o, sencillamente, se mostraba inútil hasta para algo tan simple como accionar un remo. A nuestro Estebanillo, por lo tanto, el cómitre no lo consideraba un dechado de virtudes navales. Que Cervantes lo eximiera del trabajo —incluso en una circunstancia crítica como aquella, donde lo que la *Sol* precisaba era energía para salir zumbando de allí—, nadie, el cómitre tampoco, lo consideraría un problema capital.

Porque claro que había que salir zumbando. Lo que el capitán Gaspar Pedro pretendía al repartir los arcabuces era ofrecer resistencia. No se iba a cruzar de brazos mientras los corsarios berberiscos los atacaban... No obstante, la columna vertebral del plan ideado por el capitán consistía en largarse tan deprisa de allá que a los moros no les diese tiempo a darles caza.

—¿No se están acercando demasiado rápido? —preguntó, algo ingenuamente, Estebanillo. No apartaba la mirada de las tres galeras berberiscas que, efectivamente, se acercaban demasiado rápido.

Miguel no tenía ojos para nada que no fuese su arma.

—Atiende a lo que te voy a decir, Estebanillo. Cuando cargue la escopeta, tú me la tienes que poner en posición horizontal, ¿de acuerdo?

—¿Echada sobre la borda?

—Eso es, echada sobre la borda.

—Cuenta con ello..., hum...

—Miguel.

—Cuenta con ello, don Miguel.

Cervantes se habría sonreído por el trato dispensado si el momento hubiese sido otro. En su lugar, con la mano buena extrajo un cartucho de su bolsillo y se lo llevó a la boca para rasgarlo con los dientes. El arcabuz se encontraba en posición vertical, con la culata apoyada en el piso de madera, y el primer paso de la maniobra de carga consistía en introducir, en la boca del cañón, la pólvora que contenía el cartucho. Miguel utilizaba la mano izquierda para sujetar el arcabuz, situándolo entre esta y el pecho. Con la derecha, operaba. Había realizado la maniobra de carga en cientos de ocasiones, de manera que no necesitaba pensar. Actuaba, como hombre de acción que era. El Miguel de Cervantes del 26 de septiembre de 1575 distaba un abismo del que, veinte años después, se convertiría en el hombre más moderno del universo.

Una vez que la pólvora estuvo en el fondo del cañón, empujó una bala a través de la propia boca del arma. Acto seguido, extrajo del cartucho una hilacha de estopa y repitió la operación. Ya solo quedaba baquetear. La baqueta solo era una larguísima vara —que el arcabuz traía enganchada en uno de sus laterales, para que no se extravíase— con la que el arcabucero apretaba la pólvora, la bala y la estopa, tras introducirlas por la boca del cañón. Miguel la asió, cómo no, con la mano buena y, mientras sujetaba el arcabuz entre la mala y el tórax, procedió a prensar.

—Ay, que ya llegan los moros, don Miguel...

Estebanillo se había echado a temblar. Cervantes nunca sabría por qué lo habían condenado a galeras, pero, desde luego, no se trataba de un delito que tuviese a la audacia entre sus ingredientes. De puro miedo, el pobre muchacho no cabía dentro de su piel.

—Calma, Estebanillo, y vamos a hacer una buena letra... Ven-ga, llega tu turno.

El muchacho se echó hacia delante y tomó el arcabuz con ambas manos. Era la primera vez en su vida que sostenía un arma como esta y lo único que pensó es que pesaba una barbaridad. ¿Cómo podía la infantería caminar durante horas o días con ellos a cuestas? No le cabía en la cabeza.

—Vamos a hacer buena letra aunque tampoco tiene que ser de las de pasar a limpio —espetó Cervantes, que no era de carácter impaciente aunque hasta cierto punto.

—Es que estoy muy nervioso, don Miguel...

Si Estebanillo era hombre de excusas insospechadas —y lo sería—, esta vez nadie se lo podría reprochar: las tres galeras berberiscas que remaban en dirección a ellos se encontraban peligrosamente cerca. Gaspar Pedro —de esto Cervantes no tuvo duda— había demorado la orden de virar para que a los arcabuceros les diese tiempo a realizar un disparo. Si hacían el suficiente daño a los corsarios, quizás estos se lo pensasen antes de perseverar. No se hacía demasiadas ilusiones al respecto —eran tres contra una; nadie se las hacía—, pero había que jugar con todas las cartas y en todas las manos.

Por fin, Estebanillo colocó el arma en posición horizontal. El cartucho conservaba algo de pólvora y Cervantes procedió a introducirla en la cazoleta y a cerrarla después. Ya solo quedaba apuntar con la ayuda de Dios y apretar el gatillo. Todos los arcabuces que se hallaban a bordo de la *Sol* poseían un moderno mecanismo de rueda. Es decir, para obtener la chispa que prendía la pólvora de la cazoleta —la cual, a su vez, a través de un conducto interno, prendía la situada en el cañón—, se frotaba una rueda metálica sobre un trozo de pirita. Cervantes había disparado tanto estos como los de mecha —en los que la chispa la proporcionaba una mecha que uno tenía encendida de antemano— y le gustaba el mecanismo. Como buen soldado, había polemizado interminablemente en torno a la conveniencia de uno y otro ingenio, sin alcanzar jamás ninguna conclusión. La castrense es una profesión en la que, sobre todo, conversas con el tío que tienes al lado hasta que, en un momento dado, debes fugazmente combatir. Si sobrevives, te esperan más discusiones y polémicas, que se habrán de extender durante días, semanas y meses. De eso va este oficio; de hablar, hablar y hablar, y brevemente pelear.

—Descerrájeles un buen tiro, don Miguel.

—Lo voy a intentar, Estebanillo.

Cervantes experimentó la soledad del hombre que va a disparar. Durante un instante —que no es, por otro lado, demasiado largo—, no existe nada distinto a tu conciencia, la conciencia del tipo al que pretendes matar —en caso de que la posea— y el arma. Ese prodigio llamado escopeta. Un instrumento que solo a los buenos Dios debería reservar y que, sin embargo, reparte —Él sabrá por qué— con una prodigalidad algo confusa.

Ninguna de las tres galeras berberiscas poseía espolón de proa. Eso quería decir que su estrategia pasaba por acercarse tanto como pudiesen a la presa y capturarla sin causarle daños mayores. De hecho, si los corsarios no podían llevarse la galera capturada y esta superaba en hechura a la que ellos traían, intercambiaban allá mismo, en plena mar, las embarcaciones. Dejaban atrás la suya y se llevaban la recién conseguida. No, no se encontraba entre sus objetivos el de dañar en exceso a los cristianos.

Carecer de espolones de proa y prever, por tanto, una aproximación dulce otorgaba mayor capacidad de retener el tiro a los arcabuceros cristianos. Lo cual siempre era una buena idea, porque el arcabuz es demoledor a quince pasos pero tiende a errar el disparo a partir de esa distancia. Así las cosas, Cervantes, y con él el resto de hombres preparados para abrir fuego —que serían tranquilamente más de veinticinco—, aguantó con un ojo guiñado y dos dedos de la mano derecha en el gatillo.

Y puede que haya llegado el momento de extendernos en torno al enemigo. Porque lo hemos llamado «moro», «berberisco» y «turco», pero ninguno de estos términos lo define sin equívocos. Lo que a los hombres que venían de frente los explicaba era la palabra «renegado». Y es que ninguno de los hombres libres —los esclavos eran cristianos, claro— que se disponía a atacarlos era moro de nacimiento. Todos ellos —todos es todos, y no una hipérbole— habían nacido cristianos o, en el peor de los casos, judíos. Pero en un momento u otro de sus vidas se habían convertido a la ley de Mahoma. En resumen, habían renegado de la suya propia, la única y verdadera. Esos renegados, a los que la Berbería acogía con una comodidad pasmosa e infamante, completaban las tripulaciones corsarias que sembraban el terror en el Mediterráneo cristiano.

Por ejemplo, el comandante de la flotilla que se les aproximaba era Arnaut Mamí, legendario y cruelísimo renegado que había nacido en Albania y ahora tenía su casa en Argel. Como la tenía su lugarteniente, Dalí Mamí, otro renegado —en este caso, griego— que, al igual que su jefe, había prosperado desde la miseria más absoluta hasta una más que evidente opulencia. No son, en consecuencia, necesarias más explicaciones. Se renegaba para huir del hambre. Y dirán los que siempre están dispuestos a relativizarlo todo: «Bueno, el ham-

bre es muy perra y a un hombre no se le puede culpar por intentar aplacarla». Ya, no, pero ¿a cualquier precio? ¿Convirtiéndose en ladrón y criminal? ¿Echándose a la mar para atacar a inocentes que sencillamente pasaban por allí? Porque de la *Sol* se podría decir —por divagar— que se trataba de una embarcación militar y que, en fin, pese a que no existía guerra declarada entre cristianos y musulmanes, desplazar tropas de un lado a otro tiene su riesgo. Muy bien, dicho está. Y esto ¿cómo encaja con las incursiones que los renegados efectuaban en las costas españolas? En Valencia, en Gandía, en Denia, en Mojácar, en Motril o Almuñecar, en cualquiera de esas poblaciones y en bastantes más, el grito de «¡Moros en la costa!» se daba más a menudo de lo que les habría gustado. Los moros —los renegados, los moros de segunda vuelta, el que es turco de profesión—, de un tiempo a esta parte, se lanzaban contra las playas y embarrancaban las proas de las galeras. Acto seguido, aquellos hijos de mala madre saltaban a tierra, corrían hasta las poblaciones y secuestraban a cualquier paisano que se cruzara en su camino. Se lo llevaban con ellos y, una vez en África, lo convertían, por la fuerza, al islam. Lo obligaban, por tanto, a abjurar de su ley.

Y el sistema funcionaba tan bien que ahora mismo, sin irnos más lejos de este infausto 26 de septiembre de 1575, los que se lanzaban contra la buena gente de la *Sol* eran, en abrumadora mayoría, renegados. Excristianos. Exjudíos. Moros nuevos y turcos de profesión. Hombres a los que nada —estaban en el golfo de Rosas, a bastante distancia, por lo tanto, del norte de África— les impedía regresar a sus hogares primitivos y, sin embargo, no lo hacían.

Arnaut Mamí podría ordenar a su galera que pusiera proa a su Albania natal y nadie habría rechistado. Un capitán de barco es un capitán de barco, en España, en Italia y en la Berbería. Los integrantes de su tripulación, si acaso, habrían aprovechado el trayecto hasta el hogar para urdir una buena excusa. Regresar a la cristiandad tras caminar entre infieles la merece. «Mirad, es que a mí me raptaron de pequeño y hasta hoy». O «Me capturaron hace veinte años en alta mar y me dejaron elegir entre islam o muerte, así que elegí islam. Espero que lo entendáis». Habría funcionado. No se les habría dado crédito y nadie les habría recibido con los brazos abiertos —de renegado no se sale indemne—, pero los habrían aceptado. ¿Y por qué

nadie —ni Arnaut Mamí ni Dalí Mamí ni absolutamente nadie— quería regresar a tierra cristiana? Porque hacerlo supondría perder las fortunas amasadas durante años de ejercer el corso. De un corso —de la captura de seres humanos para traficar con ellos— que arrojaba colosales frutos en muy poco tiempo. Arnaut Mamí había sido un desgraciado hasta que los berberiscos lo secuestraron y lo llevaron a Argel. Después renegó, lo liberaron —la ley mahometana obliga a liberar a cualquier esclavo que se convierta— y dio comienzo a la carrera que lo había traído hasta aquí. No dejaba de salir a trabajar, pero podría haberlo hecho tranquilamente y haber dedicado el resto de sus días a solazarse con sus mujeres y disfrutar de una vida tranquila y sofisticada. Argel era un nido de piratas, pero también una ciudad refinada y cosmopolita en la que a un hombre adinerado no se le negaba ningún placer.

Lo que Arnaut Mamí deseaba era capturar cristianos para esclavizarlos o, en los casos valiosos, ponerles precio y obtener rescate por ellos. La principal industria de Argel consistía en recibir remesas de dinero desde España e Italia. Así, con la furia de los conversos, Arnaut era más moro que los moros, más turco que el sultán otomano, más musulmán que el mismísimo profeta Mahoma. Y a eso pensaba dedicar los esfuerzos de las próximas horas.

Miguel de Cervantes supo retener el tiro. Y, como él, los demás hombres que habían cargado y que se apostaban en el lado de estribor de la *Sol*. A bordo, todos eran militares o poseían experiencia militar, y menos mal. Si hubiesen abierto fuego antes de tiempo, adiós a sus ya de por sí exiguas esperanzas de salir airosos de aquella.

Pareció que se leían la mente a la hora de disparar, pues los veintipico hombres que sostenían los arcabuces apretaron los disparadores casi al unísono. En cualquier otra circunstancia, el alférez Castellano habría dirigido la operación. «Que nadie dispare hasta que yo lo ordene». Sin embargo, en la actual no lo hizo ya que bastante tenía con continuar con el reparto de escopetas y munición: tras los hombres de armas, vendrían los galeotes cristianos, a los que se entregaría el resto de arcabuces almacenados en la corulla además de armas blancas de muy variopinto origen y, en suma, cualquier herramienta con la que hacer frente a los corsarios una vez que estos abordaran —no lo permitiera el Señor— la *Sol*. Todo esto, mientras

los remeros bogaban como poseídos. Había que abandonar el golfo de Rosas y la dirección elegida por el capitán Gaspar Pedro fue sureste, es decir, abriéndose un poco en dirección a alta mar aunque sin abandonar los deseos de alcanzar puerto amigo y seguro.

En menos de medio minuto, los veintimuchos tiradores abrieron fuego, Cervantes de los primeros. La galera berberisca que se les aproximaba en vanguardia de su escuadra —que era la que comandaba Dalí Mamí— se hallaba próxima a tocar palas. Estebanillo giró la cabeza hacia ella —no se había reincorporado al remo, por mucho que sus dos compañeros se estuviesen dejando la vida en el esfuerzo— y abrió los ojos como platos.

—¡Sí! —gritó el muchacho al tiempo que levantaba los brazos en el aire. Su alborozo no era fingido—. ¡Entre las cejas, don Miguel!

Si Cervantes había logrado o no semejante proeza, quedó para otro momento. Él, desde luego, nunca afirmaría que su disparo fue tan certero. No lo habría hecho en cualquier otra situación —no fue nunca hombre de presumir o fanfarronear— y tampoco en la que los acontecimientos actuales depararían. De hecho, nunca diría en voz alta —ni pondría por escrito ni, muy probablemente, pensaría— cuántos hombres había matado durante sus años de servicio. «Los necesarios», como acostumbraban a afirmar los soldados una vez licenciados. Siempre eran «los necesarios», exactamente esos. El moro al que según Estebanillo había acertado «entre las cejas» completaría el cupo.

Llegaba el momento de la verdad.

—¡Más de prisa! —aulló Gaspar Pedro.

—¿No oís al capitán? —se unió el cómitre, que recorría, arriba y abajo, la crujía, una estrecha plataforma situada, de proa a popa, entre las dos bandas de remeros. Portaba el látigo en la mano, pero no lo usaba salvo en caso de extrema necesidad: bastante dañaba el trabajo ordinario a los galeotes como para andar insistiendo sin hacer auténtica falta—. ¡Vamos! ¡Con más brío! ¡Remad con más brío!

El cómitre hablaba y hablaba, pero no aceleraba el ritmo de las paladas. Podría haberlo hecho, pues era él quien, con su silbato, marcaba los tiempos de las remadas. Pero ya estaban remando a cuatro paladas por minuto y a pasar banco, esto es, con los hombres poniéndose en pie cuando el remo estaba en el aire —hasta que el bogavan-

te pasaba por encima del banco del galeote situado delante de él, que se hallaba igualmente en pie— y dejándose caer durante la larguísima bogada. Completar un ciclo entero en quince segundos resultaba heroico. Mantener la cadencia durante un cuarto de hora o veinte minutos solo se encontraba al alcance de los galeotes más curtidos. Superarlo era imposible. Humanamente imposible. Y el cómitre lo sabía. Por eso aullaba como un poseso, pero no incrementaba el ritmo. Si lo hacía, corría el riesgo de que los remos se descompasaran—yendo unos más deprisa que otros, cada cual en la medida que los hombres que lo movían pudiesen dar— y que la galera se tornase ingobernable.

Fue el alférez Castellano quien alargó la vista para hacer recuento. Era su trabajo, así que el gesto le salió sin sentir. En un santiamén, evaluó las consecuencias de la descarga sobre la galera corsaria y obtuvo una conclusión:

—Joder.

O sea, que nada. Vale, sí, algún que otro daño habrían ocasionado. Quizás fuese cierto que Cervantes le había metido un balazo «entre las cejas» a un moro, pero una bala no hace granero ni ayuda al compañero. En resumen, la maniobra defensiva de la *Sol* había resultado infructuosa.

—Joder.

Si hubiese dado tiempo para una recarga, Castellano la habría ordenado de inmediato. Pero no daba, «joder», no daba. A la primera de las galeras corsarias la tenían encima, tanto que ya podían oler su hedor característico. Que no era ni mayor ni peor que el de la *Sol*, aunque sí resueltamente distinto. El hedor moro no era igual al hedor cristiano, porque la ley de cada cual rige también en los malos olores, en la corrupción, en la hediondez, en la peste que los cuerpos exhalan al fermentar.

Tocaba prepararse para repeler el inminente abordaje. La tripulación de la galera berberisca, pese a que la *Sol* intentaba virar para poner agua de por medio, se les echaba encima y Dalí Mamí sonreía desde la proa. Ningún capitán cristiano se habría situado en una posición tan inusual, pero a los renegados se los modelaba con otra masa de pan y no se hacía extraño verlos donde no debían, no se los necesitaba o no importaban. Al renegado morisco lo guían sus ins-

tintos, más allá de la ley de Mahoma, la ley de los hombres de Argel o la ley del sultán otomano. Un renegado se coloca donde le da la gana y si quieres tú —o puedes—, mávalo.

A Dalí Mamí le faltaba un diente justo en mitad de la boca. El resto de la dentadura —Cervantes lo tenía tan cerca que hasta este nivel de detalle distinguía— se hallaba en perfecto estado de conservación: Dalí se la cuidaba, de eso no había duda. No obstante, algo le sucedió y un diente saltó de raíz. Se hacía raro al distinguir el hueco. Un hueco limpio: ¿le habrían partido la paleta y, más tarde, él se hizo extraer el resto del diente? En ese caso, ¿por qué? Malditos renegados, con sus costumbres bárbaras y sus rituales ajenos a todo orden.

En el último momento, el cómitre berberisco ordenó que sus galeotes de babor levantaran los remos. Estos obedecieron de inmediato, porque sabían que tras esa maniobra llegaba el descanso. Llevaban más de veinte minutos bogando al máximo de su capacidad y no habrían aguantado mucho más. El cómitre berberisco, que era bueno en su oficio y conocía perfectamente cuál era el límite de sus hombres, los había exprimido hasta un instante antes de la extenuación. Ahora llegaba el turno de la gente de armas, que venía descansada aguardando el momento de entrar en acción.

Que era este. También para los de la *Sol*.

Se soltaron algunas cadenas —las que dio tiempo— y se reparieron espadas —no demasiado buenas, no demasiado bien afiladas— entre los galeotes cristianos. Al propio Estebanillo le pasaron una de esas que se almacenaban «por si acaso» y que se tiraban años en la corulla sin que nadie les diese un repaso. Así estaban, criando óxido y roña. La de Estebanillo —la que el desdichado Estebanillo asió mientras se echaba a llorar— era de hoja pesada, forjada para ser esgrimida por un hombre con el doble de peso que el suyo. En algún momento, cincuenta años atrás, había sido un arma sobria pero elegante. Tenía la empuñadura forrada con torzal de bramante y para el que ahora la apretaba no era difícil distinguir las mil manos que lo habían hecho antes. Los gavilanes se le abrían rectos, gloriosos, cristianos por los cuatro costados. A Estebanillo, aquella arma le venía más que grande. Él solo era un desgraciado, un inútil, un hombre destinado a pasar por la vida sin dejar huella alguna. Y, ahora, le ponían una espada en las manos. Lo que le faltaba.

—No te rindas antes de comenzar —le soltó, de improviso, Miguel de Cervantes.

Él mismo había dejado de lado el arcabuz y asía, con la mano buena, un espadón solo algo mejor que el de Estebanillo. Continuaba, Cervantes, arrodillado entre los galeotes, aunque no por mucho tiempo: la galera enemiga, con los remos de babor en alto, embistió a los cristianos. Cervantes aguardó a que el impacto tuviera lugar y entonces, solo entonces, procedió a ponerse en pie. Varios hombres perdieron el equilibrio y dos cayeron al agua. Ninguno moriría, pero porque, en último término, se agarraron a los remos.

—¡Que no suban a bordo! —gritó el capitán Gaspar Pedro—. ¡Mantenedlos a raya!

Los berberiscos, quizás por influencia turca, apenas recurrían a las armas de fuego. Eran buenos navegantes, que nadie lo dude —aunque armaban embarcaciones un tanto chapuceras, más improvisadas de lo que los españoles acostumbraban a dar por bueno—, y su infantería, la de a bordo, tiraba del arco y de las flechas cuando de atacar se trataba. Llevaban siglos haciéndolo así y, ajenos a la idea de modernidad, pretendían hacerlo durante muchos más. Esto puede parecer una tontería, pero en modo alguno lo era: el recurso a la innovación tecnológica —del que las naciones de Europa occidental bebían como si fuese un maná celestial— no se veía con buenos ojos una vez que ponías pie en el oriente. Los moros, sin ir más lejos —que no eran oriente geográfico, pero sí cultural—, disparaban poco con armas de fuego. Pese a que las conocían y conocían, sin la menor duda, sus virtudes. En Lepanto, otro gallo le habría cantado al Gran Turco si hubiese cargado una buena línea de arcabuces de muro, de esos que los tiradores sitúan en la proa o en las bordas y que, sin moverlos, ponen a bailar a buen ritmo.

El pasado era importante para los moros. El pasado lo era todo para los moros. Sin embargo, a un cristiano dale perspectivas, que es lo que le interesa. Si la corulla de la *Sol* no guardaba armas más modernas no era por desidia —porque a sus dueños les trajese al paio tenerlas o no—, sino debido a que todo lo bueno cuesta dinero. Pero, vamos, que a Gaspar Pedro le habría encantado disponer de ellas, a Diego Castellano repartirlas e incluso a Sancho Martínez de Leyva —que no se hallaba presente pero como si lo estuviese— hacer re-

cuento de las tapas de los sesos voladas gracias a la bendita tecnología que Dios pone en las manos de los que luchan en sus santas huestes.

Pues con toda esa precariedad, una de las primeras flechas que partió de la galera de Dalí Mamí, antes incluso de que los corsarios berberiscos apretasen un cuchillo entre los dientes y saltaran de barco a barco, una de esas primeras flechas atravesó limpiamente el cuello de Gaspar Pedro y lo mató. No de inmediato —y queda para otros determinar si esto es mejor o peor—, ya que al buen capitán le dio tiempo a comprender que se iba. La flecha, disparada desde muy corta distancia, se introdujo en su cuello justo por debajo del lóbulo de una oreja y brotó por el opuesto. Sin apenas sangre, muy limpiamente. El propio Gaspar Pedro se quedó quieto, con la mirada en el frente, consciente e inconsciente al mismo tiempo. «Hasta aquí he llegado», debió pensar. No mucho más, porque, pese a que se sostenía en pie y podría haber contestado a un par de preguntas en caso de que alguien se las hubiese formulado, no le quedaba vida por vivir. Al final, con pachorra, levantó la mirada hacia el cielo —el cielo fantástico de la costa salvaje y brava del norte de Cataluña— y se dejó caer primero de rodillas y luego cuan largo era, casi sobre la borda de la *Sol* y dejando al azar la decisión de permanecer a bordo o deslizarse hasta el agua y descansar allá como lo que era: uno que lo ha intentado pero que no ha podido.

Dalí Mamí, en previsión de que a sus tiradores les diera por continuar por ahí, gritó algo en árabe y, frunciendo el ceño, ordenó que el abordaje de la *Sol* se llevara a cabo de inmediato. Dalí Mamí acababa de perder seiscientos ducados de oro español, que es lo que un hombre como Gaspar Pedro vale puesto al rescate. ¿Había derecho? Claro que no. El corso era un negocio, no una misión de Alá. O sí, sí que lo era, pero como derivación colateral. Los corsarios, incluso los corsarios ricos como Dalí Mamí, pretendían ganar dinero. Más dinero, para comprar más poder, más placer, más dominios en una Argel que se había convertido en el lugar más delicioso del mundo para solazarse.

—Levanta la espada, Estebanillo —le dijo, entonces, Cervantes al galeote. Todo el lado de estribor de la *Sol* se hallaba en pie de guerra. De esta forma, la *Sol* no avanzaba. Querían huir como del diablo,

pero antes se encontraban obligados a encajar —e intentar rechazar— la primera de las dentelladas. No les quedaba más remedio.

—Creo que no voy a ser capaz, don Miguel —repuso Estebanillo.

No hubo tiempo para más cháchara porque los moros se les venían encima. Estebanillo fue capaz, vaya que si fue capaz, porque si algo te pone en tu sitio es la inminencia de la muerte. Te tienes por muy poca cosa y, de repente, eres Hércules. Cómo no serlo. Nadie se deja morir sin luchar, por nimia o grotesca que resulte la lucha.

Los corsarios que saltaron sobre la *Sol* —Dalí Mamí, desde atrás, continuaba dando instrucciones para que no se matase sin ton ni son— fueron rechazados sin miramientos. Este primer contacto resultó poco elegante, por lo que de dificultoso tiene cualquier abordaje cuando los lados de las embarcaciones quedan separados por culpa de los remos: en la *Sol*, dos bogavantes, uno a proa y otro a popa, sostenían sendos remos en posición paralela a la superficie del agua. Pretendían, de esta forma, obstaculizar el acercamiento de la galera corsaria y, en cierto modo, lo conseguían. O lo ralentizaban, cabría decir. Los corsarios, no obstante, se las apañaban porque no eran nuevos en esto y conocían todas las tretas y todos los modos de hacerles frente. Como salida de la nada, una plataforma de madera de cuatro pies de ancho fue extendida en dirección a la *Sol*, apoyada en la borda de estribor y utilizada para el abordaje.

Cervantes mismo se incorporó y trató, espada en mano, de abrirse camino hacia la sencilla estructura por la que los corsarios ya corrían. Intentaron detenerlos los que por allí se ubicaban, pero sin resultados aparentes. Al final, los de Dalí Mamí no soltaban la plataforma al azar, sino sobre un lugar bien elegido de antemano: donde ellos habían descubierto el punto flaco de la defensa española.

Con todo, el intercambio de espadazos fue digno. Los corsarios hirieron a un galeote y mataron a otro —cayó al agua y nunca más se supo de él, de forma que lo contaron como baja— y, cuando Cervantes, junto a dos o tres soldados más, alcanzó la posición y comenzó a tajar a diestro y siniestro, los corsarios habían logrado afianzar un lugar en las tablas cristianas. Mal asunto, porque había gente por todas partes y así no hay quien luche en condiciones.

Digno no quiere decir suficiente. Miguel de Cervantes, que llegó al punto del abordaje seguido de Estebanillo, lanzó la espada hacia

el frente y alcanzó, a la primera, a un moro de unos treinta años que vestía los típicos zaragüelles turcos —muy abombados y sin plancha—, chaleco breve en el torso y una barreta sobre la cabeza, que es una especie de turbante pero abierto por arriba para que no dé demasiado calor. En los pies —lo que provocaba el estupor de los cristianos—, calzaba unos zapatitos parecidos a las chinelas, abiertos por detrás y con la puntera redondeada hacia el frente y hacia arriba. De esa guisa venían y la razón del estupor residía en que, con tan precario calzado, los berberiscos se comportaban como fenomenales guerreros, despreciando la regla cristiana de que el caballero puede desatender aspectos cualesquiera de su indumentaria salvo los pies. Cervantes, sin ir más lejos, traía calzado un par de zapatos de piel que había comprado años atrás en Sorrento y con el que había realizado el grueso de las últimas campañas. Lo podrían enterrar con él.

Al moro, la punta de la espada de Cervantes le rajó el cuello. No de parte a parte, como habría sido necesario para empezar como Dios manda, pero sí razonablemente bien: no sobreviviría. Estebanillo, animado tras contemplar la soltura del soldado, se envalentonó y, haciendo de tripas corazón, se fue hacia delante para intentar imitarlo. Uno de los corsarios que, en el frente de la plataforma de abordaje, intentaba saltar a la cubierta de la *Sol*, levantó una cachiporra en el aire y la blandió con fiereza. Estebanillo debió verlo venir. Más que nada, por lo que no hacerlo supuso: el corsario impulsó la cachiporra —que era de madera forrada de cuero, con tachones gordos y tachuelillas prácticamente ornamentales— hacia el rostro del chaval y lo puso a ver las estrellas.

Cervantes, a medio paso de distancia, distinguió cómo de la nariz de Estebanillo brotaba un chorro de sangre que, en mitad del aire, se dispersó en una miriada de gotitas. El galeote ya dormía y Cervantes, que lo veía caer sobre la cubierta, dio gracias de que lo hiciera en ella y no tres palmos más allá, donde ya solo había agua. Si hubiese querido salvarlo, habría tenido que soltar la espada y usar su única mano útil. No fue necesario, gracias a Dios, y Estebanillo no murió ahogado.

Durante una media hora larga, a bordo de la *Sol* se desató una batalla que en nada envidiaría a las terrestres. Al final, las galeras eran esto y para esto: plataformas de combate en las que se lucha

exactamente igual que en terreno firme. Aquí no había caballos ni posibilidad de emprender grandes maniobras envolventes —lo cual no quiere decir que fuesen imposibles—, pero, por lo demás, la contienda se representaba igual que en tierra: unos de un lado atacando de frente a otros de otro lado, con armas sobre todo blancas y tanta violencia como fuera posible.

Batallaron de frente y de frente estuvieron, los cristianos, a punto de rechazar a los corsarios berberiscos. El hecho de que la plataforma de madera —su estrechez— delimitara la capacidad que los moros tenían de trasladar tropas desde su galera a la abordada tuvo que ver con el desenlace de la contienda. Con el que no fue, entiéndase; con la victoria de los españoles. Estos, con Cervantes en primera línea de combate, consiguieron formar un muro en torno al punto de abordaje y a él dedicaron esfuerzos. Si los corsarios lo superaban, la *Sol* caería. Con todo lo que eso significaba.

Contra viento y marea, entre Cervantes, el alférez Castellano y media docena de hombres más que lograron abrirse paso hasta las inmediaciones de la plataforma de los corsarios, el primer golpe se contuvo. Sin embargo, los moros conocían su oficio y pronto, sin intentar vencer apresuradamente, comenzaron a ganar espacio en la *Sol*, yéndose hacia los lados, desbordándose hacia proa y popa, buscando los huecos y los puntos débiles en la defensa española. Traían cachiporras que blandían con ligereza y precisión: para someter a los cristianos, para obligarlos a rendirse, pero sin dañar lo que pronto sería mercancía, género con el que comerciar. Los de la *Sol* tenían un destino: el mercado de esclavos de Argel.

—¡No os rindáis! —gritó Castellano. Cervantes lo notó en la inflexión de su voz: el alférez daba por hecho que perdían. Era cuestión de tiempo que los corsarios tomaran el control de la *Sol*. Únicamente restaba, por tanto, vender cara la derrota para que, el día de mañana, nadie tuviera nada que reprocharles. Porque en la Berbería se viviría o no a la ligera, pero en España no. En España, a los que, tras el cautiverio que les aguardaba, lograsen regresar, se les iban a exigir cuentas. Que si a ver si, durante la captura, no aflojasteis antes de tiempo; que si mantuvisteis alto el honor y defendisteis la única ley verdadera; que si no será que murieron pocos cristianos y que aquello nos resulta sospechoso...

A Castellano, los moros le daban miedo, pero más miedo le daban aquellos que, en un futuro nebuloso e incierto, habrían de interrogarlos. De ahí que, al menos entre los presentes —que habrían de ser los testigos presenciales en un interrogatorio del mañana—, era necesario dejar claro que su orden había sido la de no rendirse.

No se rindieron. Fuera como fuese, los de la *Sol* no se rindieron, sino que los rindieron. A última hora, cuando a la galera de Dalí Mamí ya la escoltaban sus compañeras, rezagadas hasta entonces —la más tranquila, en ese sentido, era la de Arnaut Mamí, el comandante de la flota corsaria, que se quedó, como quien dice, a observar tranquilamente—, a última hora, cuando los españoles estaban acorralados aunque defendiéndose, un cristiano consiguió cargar un arcabuz y, desde la popa de la embarcación, disparar a bocajarro contra la cubierta enemiga. Nunca supieron quién hizo el disparo —y tuvieron años para especular al respecto—, aunque terminaron por estar de acuerdo en que se trató de un oficial. Alguien que, creyeron, no sobrevivió al ataque corsario, pues no dio el merecido paso adelante: «Sí, yo lo hice». Ese disparo partió desde la plataforma de popa de la *Sol*, voló sobre las cabezas de los españoles —soldados, exsoldados, buenas boyas y forzados a los que se armó a la desesperada— y se incrustó en el trinquete de la nave corsaria, justo a dos palmos, tres como máximo, de la cabeza de Dalí Mamí, que, desde allá, observaba las evoluciones de sus hombres. Si ese disparo hubiera acertado, si el cerebro de Dalí Mamí se hubiese desparramado por la cubierta de su galera, ¿el combate se habría detenido? No, probablemente no. ¿Habría otorgado, el impacto, una repentina oportunidad a los españoles? Quizás sí. Algo, fuera como fuese, habría sucedido, y ya se sabe que, en mitad de una batalla, el contendiente que titubea es, por lo general, el contendiente que pierde. Los acontecimientos, sin duda alguna, habrían cambiado sustancialmente y el cambio, en el contexto en el que se hallaban, no habría sido malo para la gente cristiana que allí peleaba por la vida y por la libertad.

Comoquiera que fuese, Dalí Mamí no murió y, si acaso, el balazo lo impulsó a tomar una decisión que, en árabe, gritó desde atrás: «¡Acabad de una vez!».

Por cierto, ya que estamos, dejemos el asunto de las lenguas meridianamente claro. El mundo berberisco era una Babel. Argel lo

era y lo eran todas y cada una de las galeras que allí tenían el hogar al que regresar. Dado que el cogollo de la población de Argel se hallaba conformado por renegados —sumaban más estos que los moros y los turcos juntos—, el sindió idiomático argelino estaba servido. Y era cierto que, en las calles, se hablaba de todo. A los turcos —los dueños de Argel, en último término—, no les importaba que dos tíos que se encontraban en un bar se pusieran a hablar entre sí en cualquier jerga ininteligible. Lo que a los turcos les importaba era que todos esos renegados le fueran más fieles al sultán que sus propios súbditos en Constantinopla. Y lo eran, vaya que si lo eran, porque si ha existido un ardor sobre la faz de nuestro planeta, ese es el de los conversos.

Con los moros, sucedía otro tanto. Argel era ciudad mora y beber y la lengua en la que se comunicaban sus gentes llanas era el árabe. Los turcos, de nuevo, autorizaban y hasta fomentaban este uso —para favorecer a las castas autóctonas, que nunca viene mal—, de manera que la lengua franca de la Berbería había terminado por ser la natural en la tierra. Sin fricciones, como les gustaba afirmar a los turcos. «Subyugamos al mundo permitiendo que las singularidades afloren y se desarrollen», defendían. No acabó de salir bien del todo.

Sabido esto, y habida cuenta de que una Babel podría ser evocadora para los poetas aunque ineficiente en el día a día, las gentes que vivían y trabajaban en Argel se comunicaban en árabe. Dalí Mamí, que era griego de nacimiento, había aprendido el idioma de los moros y se expresaba en él con evidente soltura. Más —porque era un hombre de cierta cultura— que muchos que tenían a la lengua como materna. Y, en árabe, Dalí Mamí se dirigía a su tripulación de renegados como él, de conversos al islam, de individuos a los que la identidad nacional les traía al paio ya que lo único que anhelaban era oro, riquezas y los lujos desmesurados que el uno proporciona y que las otras aseguran.

Cervantes supo que había llegado la hora de bajar los brazos. El alférez Castellano parecía el hombre al mando de las fuerzas armadas de la *Sol* —lo parecía, porque, tras la muerte del capitán Gaspar Pedro, todo se había vuelto demasiado neblinoso— y a él le tocaba dar la orden más triste del mundo: «Ya vale». Pero ser hombre al mando también comporta una responsabilidad más allá de la

contienda y sobre las vidas de los que te han servido. Era el momento de optar por la mejor salida disponible, si es que entre lo malo y lo peor se puede decidir.

—¡Alto! —gritó, por fin.

O no le oyeron, o qué más daba. Algunos hombres continuaron luchando un rato más, hasta que se dieron cuenta de que lo que hacían lo hacían solos y lo dejaron. Arrojaron las espadas y levantaron las manos. El sol lucía en el firmamento, y de qué manera. Hacía calor, se sudaba a chorros y, de los doscientos treinta y tres tripulantes de la *Sol*, habían muerto veinticuatro. Los corsarios conseguían un botín, por lo tanto, de doscientas nueve personas, una galera de tamaño medio en buen estado de conservación y todo su contenido.

El proceso de captura, una vez que la resistencia armada se extinguió, fue rápido. Eficiente, porque de esto los corsarios berberiscos sabían lo suyo; era su oficio, comían del rapto de seres humanos en el Mediterráneo. Estaría bueno que, en semejantes circunstancias, se les diese mal la burocracia consiguiente. Que venía a ser, más o menos, esta: a los prisioneros se los cargaba de cadenas y se los trasladaba a la galera corsaria. No se fiaba Dalí Mamí, como no se fiaba Arnaut Mamí, de los cristianos y el trayecto hasta Argel era largo —hasta de una semana— y tentador, pues discurría a corta distancia de las costas españolas. Unas costas que daban para lo que daban: no esperaban, los berberiscos, que embarcaciones españolas fueran a salirles al encuentro para exigirles cuentas. «Adónde van ustedes y adónde se llevan a estas personas». No, qué va. Habían llegado hasta Francia sin que nadie les llamara la atención. Arnaut Mamí se jactaba de haber hecho aguada en Tolón, y no lo decía en broma. Por mucho que duela, el Mediterráneo occidental de 1575, entre Valencia y Malta, pertenecía a los berberiscos.

Se necesitaron más de tres horas para trasladar a las doscientas nueve personas capturadas en la *Sol* a las tres galeras corsarias. Estas acostumbraban a salir cortas de tripulación precisamente previendo la contingencia: que a la ganancia había que llevarla de vuelta a Argel no en sus naves originarias sino a bordo de las captoras. Eso no significaba que dichas naves se abandonaran a su suerte. Lo que se hacía, y en eso estaban los hombres de Dalí Mamí, era liberar los remos de los toletes, embarcarlos y arriar las velas si se hallaban izadas.

A continuación, se lanzaba un cabo que se sujetaba a la proa de la galera capturada y se procedía a remolcarla hasta el destino. El trabajo necesario sería titánico, pero lo desarrollarían los prisioneros. Ahora sí, el cómitre se emplearía a fondo. Tanto que se daba por sentado que uno o dos de entre todos los capturados morirían en el trayecto hacia Argel.

Ya estaba todo listo para partir cuando, de pronto, unas velas doblaron el cabo de Creus. Arnaut Mamí las observó largamente con los ojos entornados y una mano sobre las cejas para hacerse sombra. Se trataba del grueso de la expedición española a la que pertenecía la *Sol*, la comandada por Sancho Martínez de Leyva y que una tormenta había dispersado jornadas atrás. Por azar o gracias a la providencia, todas las galeras excepto la *Sol* habían logrado reagruparse a la altura de Marsella y ponían proa a Barcelona. Doblado Creus, divisaron a las embarcaciones berberiscas rodeando a la *Sol* y necesitaron un parpadeo para tomar conciencia de la situación. Leyva no se lo pensó dos veces: ordenó que se izara todo el trapo y, a cuatro paladas por minuto, enfiló a los corsarios.

A Arnaut Mamí le quedaban dos opciones: plantar cara o huir. Él se consideraba, sobre todo, comerciante, así que, dado que el botín se hallaba listo, decidió aligerar. Sin embargo, el acarreo de la *Sol* ralentizaría notablemente la huida. En otras palabras, les darían alcance más pronto que tarde y, entonces, si querían conservar la captura deberían luchar. Tres galeras contra tres galeras. El oportunismo berberisco casaba muy mal con una batalla en igualdad de condiciones.

—Soltad a la cristiana —ordenó Arnaut Mamí a sus hombres.

La indicación no suscitaba interpretaciones que no fuesen esta: es mejor perder parte del botín que perder el botín al completo. La *Sol* tenía su valor, claro que sí, pero el dinero de verdad se encontraba en la tripulación. Y a esta ya la tenían a bordo de las galeras corsarias. Lo mejor, en consecuencia, era cortar el cabo que los unía a la embarcación cristiana, dejarla atrás y remar en dirección a Argel.

A Miguel de Cervantes lo habían encadenado a un banco de la galera de Dalí Mamí en la que también se encontraba Rodrigo. Dos bancos más atrás, el alférez Castellano y Estebanillo agarraban el remo a la espera de que el cómitre moro diese la orden de bogar. Los cómitres, porque había tres, a cada cual más malencarado.

—Qué perra suerte... —susurró Estebanillo—, qué perra suerte la mía, que voy de mal en peor...

El muchacho se lamentaba con las manos en el remo y el rostro enterrado en los antebrazos. No lloraba, pues para qué.

—Los demás estamos igual, así que cierra el pico —le soltó un español dos o tres bancos por delante de él.

—Deja al chico en paz —intervino otro.

—¡Silencio! —aulló un cómitre en perfecto castellano. E hizo restallar el látigo en el aire. No castigaría con él a los prisioneros a menos que fuese necesario. Pero si consideraba que lo era, lo haría sin dudar.

—¡Adelante! —ordenó, desde otra galera, y ahora en árabe, Arnaut Mamí.

—¡Ya habéis oído! —gritó Dalí Mamí.

Las tres galeras de Sancho Martínez de Leyva se aproximaban muy deprisa, aunque, al menos por el momento, un buen trecho separaba a unas y a otras.

—¡Remad! ¡Remad! —vociferaron los cómitres berberiscos en castellano. Se movían adelante y atrás por la crujía y latigueaban en el aire.

—Haced lo que se os ordena —dijo el alférez Castellano, quien, con esta indicación, daba por terminado su servicio. En adelante, su rango sería el de prisionero, exactamente el mismo que el del resto de cristianos capturados aquel infausto día.

Miguel de Cervantes, que remaba junto al bogavante de su remo, asió con fuerza la maneta metálica sujeta al mismo. Se hallaba en pie, dando la espalda a la proa, y cerró los ojos antes de tirar hacia sí con todas sus fuerzas. Cayó hacia atrás, tocó el banco con las nalgas y procedió, de inmediato, a levantarse. Había completado una palada. Daría un millón más antes de llegar a Argel.